

ALEAGUARA

# Gloria Peirano

## La ruta de los hospitales

Narrativa Hispánica



Gloria Peirano

# La ruta de los hospitales

Alfaguara

## SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A mi madre, in memoriam*

*El lenguaje humano no tiene exterior: es un a puertas cerradas.*

ROLAND BARTHES

|

Tenés diez años. Los diseñadores de autos pensaron en vos y en mí. Mirame desde el asiento del copiloto, que fue diseñado para vos. La distancia entre el asiento y tus rodillas, semicubiertas por la pollera del uniforme. La altura del espejo retrovisor en el que, si tardo demasiado, te mirás, tu rostro, detrás los árboles, más allá de la ventanilla. Detrás de los árboles, siempre, alguna dependencia de un hospital donde yo estoy trabajando, de donde saldré para dar fin a la espera.

Mirame, aunque no estoy. Un cocinero me pregunta por un menú. Insisto para que todos los cocineros no se saquen los birretes blancos. Tienen el pelo transpirado, se les pega a la sien. No se debe cocinar así. Las reglas son simples. No se debe cocinar sin birrete. Todas las personas deben pasar, al menos, un día completo en un hospital. Tenés diez años, ya lo entendés. Tenés esta ruta, la ruta de mis hospitales: Muñiz, Roca, Español, Británico, Fiorito, Gandulfo, Fernández. Las clínicas son como las primas ricas, un poco tontas. Es en los hospitales donde sabemos que los diseñadores de autos pensaron en vos a la hora de construir un asiento de copiloto. No es lo mismo esperarme ahí. No te bajes. O sí. Es lo mismo. Yo confío, nunca te vigilo. No confío en vos. Confío en el hospital, en que te cuidará, en que no podrás salir. En que alguien, una enfermera, una mucama, me avisará si estás en la otra punta, recorriendo pasillos, mirando a través de puertas entornadas —no mires ahí, la elefantiasis es horrenda, no olvidarás esa imagen—, caminando bajo el sol en la explanada donde está nuestro auto, con el libro que estabas leyendo abierto, desnudo, sobre tu asiento.

Una noche soñarás con tus hijas, a los cuarenta y ocho años. La menor tendrá doce, la mayor dieciséis. Se llamarán Francisca, Amanda. Soñarás que estás en un auto con Amanda, ella en el asiento del acompañante, sentada con las piernas encogidas, una sobre otra. Te habla, se ríe. De golpe, el auto se desdoblará en dos autos, y Amanda se irá sola, sin conductor, por la avenida. Te quedarás frente al semáforo rojo, tranquila. Pensarás —como se piensa en lo sueños— que es normal lo que sucede. Verás el auto perderse entre otros, con Amanda en la misma posición, cada vez más pequeña. Y luego te dará terror. Te darás cuenta de que está perdida, de que ha desaparecido. Caminarás con Francisca a través de un puente, sobre un río. Buscan a Amanda. Francisca va detrás, no habla. Amanda está perdida en el mundo, la dejaste ir, no había quién condujera el auto.

Es, ahora, la entrada del Hospital Español de Temperley, la curva del camino que lleva hasta la Administración. En todas las curvas, mientras manejo, te pongo la mano adelante del pecho, sin tocarte. También cuando freno. En esta, no. Estamos en un hospital. Asomate a la ventanilla, mirá las copas de los árboles. Ya tendrás tiempo para leer. Hoy no verás al loco, el que anda suelto con un cuchillo entre los pabellones. Tiene una camisa blanca, se lo ve de lejos. Nosotros, los que trabajamos acá, no le damos la menor importancia. Desde el auto, una vez, lo saludaré. Preguntame, entonces, quién es. Fito, te contestaré. No es su nombre real, nadie lo sabe. Le decimos así. Anda vagando por el parque, lleva un cuchillo con él, que robó. Las empleadas de la Administración, las mucamas, las enfermeras, los cocineros, los empleados de maestranza, algunos médicos y yo lo saludamos, como a uno más. Los viejos, no. Le tienen miedo. Bajate, es la siesta, nos iremos rápido. Subí la escalinata, cruzá el hall de la Administración, buscame. No estoy ahí. Salí por la otra puerta, la que lleva al camino franqueado por moreras. Sé feliz, conozco esa felicidad bajo la sombra, mientras se avanza.

Lo sabemos: soy nutricionista, de la primera camada, estudié con el fundador de la carrera, el Dr. Escudero. También sabemos que estaba estudiando Medicina cuando tuve bocio, y por eso dejé. No tolerás la palabra "bocio", la asimilás a un molusco vivo incrustado en la garganta, allí donde tengo el tajo horizontal, que cubro con gargantillas. A los veinte años, empezó la enfermedad. Tiroides, mi glándula, no podrás jamás escuchar su mención sin pensar inmediatamente en mí. Repetí conmigo: tiroides. Volvemos del Fernández, estás sacando la cabeza por la ventanilla, sonreís al viento. Yo te hablo, manejo y hablo. Toda mujer ama a un fascista. No estoy diciendo eso, soy nutricionista, matrícula 00049, jamás leí, mucho menos a Sylvia Plath. Aborrecés las citas literarias en las novelas, te parecen petulantes, innecesarias, pero escuchá: vos sí leerás, ese poema y muchos otros, y acá, de cara al viento, no tenés escapatoria posible y sí, toda mujer ama a un fascista. Yo amo a mi glándula. Son sensuales los recuerdos relacionados con ella y empiezan, en orden cronológico, cuando no podía cerrar los párpados, pesaba 43 kg, me temblaban las manos, y debía pasar día y noche encerrada, siempre a oscuras, en mi habitación de la casa de la calle Darragueira, en Banfield. Si se filtraba un hilo de luz, me alteraba. Pensá, entonces, en mí, a los veinte años, con la córnea tirante, seca, acostada de espaldas, vigilando las persianas. Me indicaron baños de mar, fuimos a Claromecó. Mi padre me llevaba alzada a la playa, vestido de blanco. Así empezó esta vez el relato, que te conté cientos de veces, con los frascos de yodo que viste en una vitrina del Fernández. Seguime, ahora, preguntá qué son, te contesto mientras subimos al auto. Abrí la ventanilla, cuando doblamos en Las Heras ya empezó la canción de guerra de la tiroides.

Después del mar, no mejoré.

La tiroides es una glándula fascista. Pensemos, entonces, en otra cosa. En la curva, otra vez, del camino que lleva a la Administración del Hospital Español de Temperley, el ruido de las piedritas debajo de las ruedas del auto. El modo que en esa curva se amplía al infinito, no lo olvidarás.



Hace unos meses, una pequeñísima mancha apareció en la visión de mi ojo derecho. Una mañana, mientras manejaba. Fue la mañana cuando te trepaste al techo y caminaste por la canaleta, entre las tejas. Miranos: yo me frotaba el ojo para que desapareciera el punto negro móvil, vos calzabas tu zapato escolar dentro de los límites de la canaleta, haciendo presión. Ambas podríamos habernos resbalado. Hacia las tejas que si se desprenden cortan piernas, de un saque, exactamente como si fueran el tallo de una rosa. Hacia los otros autos, aquellos que me rodeaban en la avenida, tres cuadras antes de llegar al Hospital Gandulfo. Debo llevarte siempre conmigo, para que no resbalemos.

El punto móvil migra en mi ojo derecho. Migra y arrastra tras de sí una constelación de brillos que lo escoltan. Me acuesto, se detiene, lo observo. Está dentro de mi ojo, no existe un verbo que describa la acción de observar algo dentro del ojo propio. ¿O vos, que amarás las palabras, lo conocés? Dirás que debería ser más precisa. Dirás que no es ojo la palabra que debo usar, sino pupila o retina, pero también dudarás, y pensarás en mis ojos reales, veteados en verde y marrón, pensarás en un mapache, y en el modo en que te miraban, fijamente, cuando Rubén, el ayudante de cocina del Hospital Británico, te alzaba, a los cuatro años, y te tiraba, alto y fuerte, hacia el techo. Te gustaba el Británico, no sé si te gustaba volar hasta el techo de la cocina, no te lo pregunté. La luz en la planta baja, los ventanales, el parque, eso te gustaba. Siempre te interesó la elegancia, incluso a esa corta edad. Yo te forzaba, debo reconocerlo, a que advirtieras que la elegancia en los hospitales solapa una clase de tristeza aún más insoportable que en aquellos donde no existe.

Te sigo, una mañana, hasta el parque del Británico. No me ves, caminás sola hasta la puerta blanca, la cruzás, hay un niño en silla de ruedas sentado al sol, con su madre. Es otoño, es el año 1973. La madre está sentada en un banco, junto a la silla de ruedas. Tiene un rodete, las manos cruzadas sobre el regazo. Vas hacia ellos. Te parás

delante del niño, que no te mira, tiene la cabeza baja. Te impresiona profundamente que esté pelado. Mirás a la madre, que te sonríe, y te tocás tu pelo, castaño, enrulado, tomás con un dedo un mechón, te lo llevás a la boca, lo chupás, te balanceás sobre tus piernas enfundadas en medias azules. Entonces, sentís mi mano sobre tu cabeza, esa presión. No podés creer que haya logrado estar junto a vos, frente al niño, pero nada en tu actitud denota sorpresa ni gratitud, aunque algo, imperceptible, en tu respiración, se modifica, se vuelve más acompasado. Escuchame, ahora. Hablo con la madre. Mi voz y la de ella recorren un canal sobre tu cabeza, que imaginás como esos túneles de las plazas por los que te deslizás de un extremo a otro. Escuchás mi voz y la de la madre en el punto exacto en el que se entra o se sale del túnel, derramándose, allí, no escuchás mientras la voz, la mía o la de ella, avanza en el interior, secretamente. Mirame, le doy un beso al niño. No tengas miedo, esta vez no te pediré que beses a nadie. No será como con los chicos sordomudos. A ellos sí, pero ahora estamos en una frontera, y solo podés volver si te doy la mano, te alejo, te hablo de cualquier cosa mientras seguís mirándolos desde atrás de los ventanales. Esa luz imposible sobre la cabeza del niño en el parque del Británico, ya encontrarás una palabra para describirla alguna vez.

## II

Fui capitana del equipo de pelota al cesto en la escuela secundaria. Antes de los veintidós años, cuando el tiempo se acumula, y antes, también, de la primera etapa de la Tiroides. Era la época esplendorosa. Esa época tenía una canción: la Marcha de la Juventud. La canto, en la silla de ruedas, cuando ya no importa resbalarnos. En la cancha, corríamos. El sol de la mañana de sábado en que mi padre me miraba desde las gradas de madera, vestido de blanco, es el sol pleno, atemporal, bajo el que marchan todas las juventudes humanas. En ese entonces, me encontraba, cada sábado, en el vórtice exacto de un sentido pleno, sin las fisuras que vinieron después y que, de alguna manera, jamás lograron resquebrajarme del todo. Quien estuvo en esa cancha particular, durante un partido de pelota al cesto, las mañanas de los sábados, y además era capitana del equipo, no tiene derecho, sencillamente, a ser, más tarde, aturrida por los acontecimientos de la vida.

Lo esplendoroso contiene certezas. Discutirás conmigo toda tu vida sobre este punto, arañando, desde adentro, esas certezas. Había un padre mirándome. El mío. Yo llevaba una remera blanca, una falda larga y negra, sostenida por tiradores, soquetes, zapatillas. En el espejo de mi casa de Darragueira 383 de Banfield, después de cambiarme, el partido que jugaría ya se vislumbraba del otro lado, latente, enmascarado en el reflejo de los muebles severos que serían, más tarde, simultáneamente: el aire, los músculos, el aro, las manos sobre la pelota llena de arena, los gritos, el sol de todas las juventudes de todos los tiempos. Te preguntarás cómo no silencié, frente a

vos, huérfana de padre desde los siete años, la prepotencia de las certezas. Así es este fascismo de doloroso, así es la canción.

El deporte fue creado en 1903 por Enrique Romero Brest. Bajás la ventanilla, las gotas de la lluvia que empezó al mismo tiempo que este relato te alcanzan la cara, te replegás, te quedás mirando la sucesión de casas bajas, con jardines delanteros, en la calle de Temperley que lleva hasta el hospital. De algún modo, la fonética del apellido Brest, dicho por mí, se funde con esas imágenes, tristemente, como si cada una de esas casas del suburbio aspirara desde su quietud una letra del apellido "Brest", se la tragara el pequeño jardín. Ya no escuchás, entonces, la otra sucesión, aquella que describe la historia de un deporte escolar, del que fui capitana, y cuyo creador nunca me atendió el teléfono, porque jamás lo llamé. Me gustan los creadores de carreras, de deportes, pero no a todos se los puede llamar por teléfono, como hice esa vez de los pollos del Muñiz con el Dr. Escudero. No hubo reclamo posible después de la tarde aquella, en la que íbamos perdiendo, cuando rodé sobre la cancha, presa de mi cuerpo que transformó de golpe la organización en caos, y torcí mi tobillo derecho sobre el suelo. Enrique Romero Brest hubiera comprendido que quisiera seguir jugando, aun con el tobillo esguinzado: del aliento largo, fantasmal, de las fundaciones se desprenden los heroísmos privados, pequeños, como los jardines delanteros de las casas de Temperley, que seguís observando mientras manejo, hablo.

En ronda, a un costado de la cancha, mis compañeras, mis adversarias, mi padre me miraban, mientras yo, a su vez, me miraba el tobillo ligeramente hinchado, decidida a seguir. Lo mío siempre fue seguir. Más que valentía hay algo obtuso en ese afán, una configuración roma de las cosas, una ausencia de aristas, un grado de necedad que retrae a los espíritus delicados, como el tuyo. Los retrae, los lleva a refugiarse en los frentes sucesivos de las casas suburbanas, los lleva a desaparecer allí, entre las plantas, tragados por las paredes.

En mi voz, en el relato, escuchás el núcleo duro, eso harás siempre, desde los diez años. Esquivarás algunas partes, te concentrarás en una imagen específica —las compañeras y las adversarias rodeándome mientras observo mi tobillo hinchado—, mejorarás el procedimiento con el tiempo, se volverá sucesivamente esforzado, luego difícil, después más relajado, al final de mi vida será solo cansino, complaciente. Es lo único que puede hacerse con la omnipotencia. Para fundar una carrera nueva o inventar un deporte intercolegial o formular la historia de un tobillo heroico, es necesaria una convicción absoluta. Te hubiera gustado que la voz, el relato, careciera de la ingenuidad de los núcleos duros, de la necesidad de identificarlos y alcanzarlos para saciarte. Que la historia del tobillo esguinzado empezara en el camino que recorrí esa mañana, del brazo de mi padre, hasta la cancha, solos, que no saliera de ahí más que para añadir información, que el futuro de esa caminata fuera borroso, insignificante, que la caminata misma se fuera fundiendo con aquello borroso, insignificante —un hombre, una hija, en una escuela pública secundaria, un sábado a la mañana— hasta que la compleja filigrana de emociones quedara fijada, aleatoriamente, en un punto de delicadeza.

Muchos años más tarde, volveré a esguinzarme el tobillo derecho. Serán las mayores inundaciones de la provincia de Buenos Aires, algunos hospitales llevarán viandas hasta los barrios alejados del conurbano, donde la gente se negará a abandonar sus casas, subida a los techos.

Es el alba, te toco apenas el hombro para avisarte que me voy. Soñás con un desierto rojo. En el sueño, el color avanza sobre tu cuerpo, te abrasa. Vas retirándote, los pies huyen de la superficie incendiada, son alcanzados, y es la mano de un hombre la que toca tu hombro, te salvará, tal vez. Mi rostro, entonces, a la altura de tus ojos recién abiertos. La crispación de la urgencia, la mía, para que te despiertes, para que sepas que no estaré. Unos segundos más

tarde, escuchás la presión de las botas de lluvia al cruzar el umbral, volvés a dormirte.

Ahora es el amanecer de otro día, me pedís que te lleve.

—Llevame —susurrás.

Querés ver el agua por vos misma.

A las ocho de la mañana, el agua turbia forma un oleaje que golpea a la altura de las ventanas de las casas. Eso vemos desde el colectivo de la línea 278, que utiliza el Hospital Gandulfo para trasladar las viandas hasta los barrios de las afueras de Lomas de Zamora. Tengo un impermeable negro, botas de lluvia, estoy parada junto al chofer, indicándole. La gente se acerca en gomonas, dos administrativos del hospital bajan hasta el estribo y le entregan las viandas envueltas en celofán. Hacemos esto en las esquinas, avanzando y retrocediendo a través del agua, que a veces entra al colectivo, lame el piso de linóleo, se retira. Esa irrupción es lo único que parece poner de manifiesto lo excepcional del asunto, porque todo lo demás, para mí —la inundación, la asistencia, el colectivo vacío, tu presencia en un asiento del final, observando, en silencio—, forma parte del trabajo. Pero la irrupción del agua barrosa que me roza las botas, mientras hablo con el chofer —como tantas veces verás, más tarde, en viajes nocturnos desde el conurbano hasta el centro, que hacen las mujeres de la noche, inclinadas sobre el respaldo del asiento, así, como yo—, es aquello que querías experimentar, aunque no lo supieras, cuando me pediste que te trajera. Una mujer con un chico nos piden que los llevemos, se suben, se sientan al lado tuyo, al fondo. Les mirás las manos, son idénticas. Busco en el cajón dos viandas, avanzo un poco tambaleante por la mitad del colectivo, le doy una a cada uno. En silencio, ellos rasgan el papel celofán, usan el tenedor de plástico para comer. Por alguna razón, te cohíbe la escena. Te hacés pequeña en el asiento, tus largas piernas, tus brazos flacos, y ves, entonces, el cielo encapotado afuera, recortado en las ventanillas del colectivo. Contra ese cielo, como un chicotazo, surge de golpe mi grito, desde adelante, en el estribo. Nos une la carne y la sangre, el grito te hace levantar al instante del

asiento, como me hubiera pasado a mí ante un grito tuyo, presas, ambas, en la simetría de las profundidades que se establece entre una madre y una hija. En el estribo —porque mientras mirabas el cielo he bajado al estribo con una vianda— me toco el tobillo, que se torció al bajar el escalón. Allí estoy, encorvada, palpando la bota de lluvia. Los dos hombres del gomón, con la vianda en la mano, se quedan quietos, flotan, sin decir nada. “Carajo”, digo yo, que jamás insulto, y es entonces que, fruto inmediato de esa palabra, en vos nace la ternura. Es, probablemente, la primera vez que la ternura dirigida a mí aparece en toda su potencia, y al conocerla en ese grado te volvés fortísima, te adueñas del colectivo, de la inundación, de la ruta de los hospitales, que es el dibujo invisible que contiene la escena. Te sorprende que haya dicho algo medido como “carajo”, que el dolor no me haya llevado más allá de mí misma hasta proferir algo más sustancioso, y desde esa sorpresa avanza la ternura, en oleadas, como el agua que entra con más fuerza que nunca dentro del colectivo, me empapa hasta las rodillas, me hace trastabillar con las manos sobre la bota y mirarte. Ahí estás, la hija.

Camino con mi padre. Es un padre alto, elegante, bello. Nada malo podría pasarme de su brazo. Hablamos en susurros, nos reímos. En el desierto rojo de tus sueños, un hombre te toca el hombro, impide que tus pies se quemen.

No hablaré de tu padre. El mío se parece al agua que irrumpe en el colectivo, accidental y, a la vez, omnipresente. Así es la canción del sol en la mañana de sábado, así es la canción del agua.